

L'objet-trouvé (sobre el *Abismo de ausencia* de Vida Yovanovich) /

Marcela Quiroz

*Escucho cómo se pone en marcha su memoria,
cómo aprehende formas huecas
que yuxtapone unas a otras
como siguiendo un juego
cuyas reglas se han perdido.*

Marguerite Duras

Entre tanto abandono, de alguna manera, misteriosa y serena, los objetos se encuentran. No es que ellos se busquen, aunque sí es un asunto de encuentros.

Cuando lo *otro* se pierde es que la mirada encuentra.

Hay aquí una mirada que no pertenece. Sucede, realmente, en toda historia. Es la mirada del narrador. Dicen que nada existiría después de su instante si no hubiera quien lo contara. Como si lo condenado al olvido exigiera su último deseo. A veces, se cumple.

Los objetos que visten de ausencia el abismo son apenas, pedazos pequeños de otras historias, las que están mudas detrás de la lente, las que el narrador, callado y atento, absorbe pero no cuenta completas.

Hay historias imposibles de contarse completas.

Hay presentes que mejor se viven así,

pedazo por pedazo...

de verlos completos,

quizá se volviera uno loco.

Llega tarde el momento —entre tanto encierro— cuando la mirada completa lo que parece ya claro, su destino. Empieza dando vueltas, ligera, sobre lo que no le pertenece, se posa; de nuevo se inquieta, se avergüenza de sí misma, tan libre, tan dueña. Elige, descarta, avanza y llega. El cuadro es perfecto, siempre, cuando se ve imaginado. Al centro, un poco arriba, un poco a la izquierda... son cosas que no se piensan mucho pues ha empezado ya el torbellino, la caída seducida. El abismo. Entonces, la mirada hace lo suyo, por lo que vino, y entre tanto encierro, ella misma apresa. Un bote, un trapo, las chanclas, el vestido, la imagen, una mesa. La mesa. Las flores.

Todo de alguien. Alguien a quien no vemos y sin embargo, nos rodea; nos abrume, se asoma cerca, sobre el hombro, olfatea y empieza a ver lo que nosotros vemos, también con algo de vergüenza, disfrutando en silencio la deliciosa estética de la soledad, su tiempo. Pues de eso se trata la ausencia, es el tiempo del *otro* vivido sin él.

La soledad ajena deviene así,
perniciosamente seductora.

Destinado está el reflejo, la tortura de quien observa y apresa. Condena mitológica. Me estoy viendo recorrer embelesado las texturas, los negros que amenazan con perderse y llevarme consigo; los contrastes perfectos que lo hacen todo tan táctil y ajeno. Aparece entonces el recuerdo inconsciente de esa distancia primera que salva y posiciona: la distancia de la mirada. Yo estoy en otro lado. Estoy donde puedo ver. Ver sin ser visto... aun cuando la suerte ya está echada pues los objetos han sido encontrados y no saldrán ya de su nuevo encierro —mi memoria— llevando consigo la distancia variable del recuerdo. Será ahora mi propia necesidad quien los llame.

Descontextualizados —los objetos— salen del mundo dispuestos a empezar su propia poesía.

Lo poético de la soledad.

La mirada ha elegido y en el encuadre designa —carente de palabras— lo que más adelante creará que afirma con plena certeza ...tengo encima este *abismo de ausencia*.

Me he encontrado conmigo misma.

y tengo, un poco de miedo...
parece que he alcanzado la desmemoria del eterno presente.

QUIROZ, Marcela. “L’objet-trouvé (sobre el *Abismo de ausencia* de Vida Yovanovich)”, septiembre 2006.